

La teoría del crecimiento económico en Adam Smith*

Julio H. Colé**

"... nadie, ni antes ni después de A. Smith, jamás pensó en imponer semejante carga sobre la división del trabajo. Con A. Smith es prácticamente el único factor de progreso económico".

-J. A. Schumpeter, *History of Economic Analysis* (1954), p. 187.

En **La Riqueza de las Naciones** (1776) de Adam Smith, el tema dominante es el crecimiento económico, lo que se evidencia desde el mismo título del libro. En efecto, en esta su obra maestra, Smith trató de determinar los factores que explican el progreso económico y las medidas que podrían tomarse para crear un ambiente favorable para el crecimiento acelerado y sostenido. Más aún, los principales elementos de su teoría aún forman la base para las discusiones más recientes sobre el tema, y sus recomendaciones para la política económica siguen siendo relevantes para nuestra época. Será por tanto oportuno e instructivo aprovechar esta oportunidad para reexaminar en algún detalle su "modelo" de crecimiento y la evidencia que lo sustenta.

Crecimiento económico en el "Modelo" Smithiano

Según Smith, tanto el nivel del ingreso real per cápita como su tasa de crecimiento dependen de dos diferentes factores:

(1) la aptitud, destreza y sensatez con que generalmente se ejercita el trabajo, y (2) la proporción entre el número de los empleados en una labor útil y aquellos que no lo están.¹

Se aprecia que en el "segundo" factor está implícita una distinción entre trabajo "productivo" y trabajo "improductivo", distinción que ahora generalmente se considera errónea (o cuando menos irrelevante). Este defecto conceptual no constituye una limitación importante, sin embargo, ya que el mismo Smith atribuye mucha más importancia al primer factor.

A su vez, Smith atribuía las diferencias internacionales e intertemporales en la productividad a diferencias en el grado de "división del trabajo". Esto lo expresa sin ninguna ambigüedad desde el comienzo del Capítulo I. Para ilustrar el fantástico incremento en la productividad que resulta de una mayor y más fina división del trabajo, Smith recurre al ejemplo de una manufactura "de poca importancia": la industria de alfileres. Aún hoy en día no puede dejar de maravillarnos la siguiente relación:

Un obrero que no haya sido adiestrado en esa clase de tarea (convertida por virtud de la división del trabajo en un oficio nuevo),² por más que trabaje, apenas podría hacer un alfiler al día, y desde luego no podría confeccionar más de veinte. Pero

* Este trabajo es una versión ligeramente revisada de un ensayo presentado para el Certamen internacional "Ludwig von Mises", México, 1990, mismo que se hizo acreedor al Tercer Premio en esa oportunidad. Economista boliviano, autor de *Latin American Inflation* (New York= Praeger, 1987). Actualmente se desempeña como Profesor en la Universidad Francisco Marroquín (Guatemala).

** Economista boliviano, autor de *Latin American Inflation* (New York= Praeger, 1987). Actualmente se desempeña Profesor en la Universidad Francisco Marroquín (Guatemala).

1 Adam Smith, *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, p. 3. (Todas las referencias serán a la edición Carinan, traducida al español por Gabriel Franco y publicada por el Fondo de Cultura Económica, México, 1958). Es significativo que ya en la primera línea de la primera página del libro Smith expresa que "El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio la provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume el país". Es decir, Smith identifica la "Riqueza de las Naciones" con la producción de bienes de consumo, definición que contrasta marcadamente con la entonces predominante tradición mercantilista, que identificaba la riqueza con el dinero en sí.

2 Esta observación de Smith, aunque casual, es importante, ya que, si bien el ejemplo de los alfileres se refiere a la división del trabajo dentro de una misma industria, la separación o creación de las diferentes "industrias" es en sí una consecuencia de la división social del trabajo. Quizá sería más acertado hablar de la "subdivisión" del trabajo en el primer caso.

dada la manera como se practica hoy día la fabricación de alfileres, no sólo la fabricación misma constituye un oficio aparte, sino que está dividida en varios ramos, la mayor parte de los cuales también constituyen otros tantos oficios distintos. Un obrero estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo va cortando en trozos iguales, un cuarto hace la punta... En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas 18 operaciones distintas... He visto una pequeña fábrica de esta especie que no empleaba más de diez obreros, donde, por consiguiente, algunos tenían a su cargo dos o tres operaciones. Pero a pesar de que eran pobres y, por lo tanto, no estaban bien provistos de la maquinaria debida, podían, cuando se esforzaban, hacer entre todos, diariamente, unas doce libras de alfileres. En cada libra había más de 4,000 alfileres de tamaño mediano. Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de 48,000 alfileres, cuya cantidad dividida entre diez correspondería a 4,800 por persona.³

¿A qué se debe este fantástico incremento en la productividad del trabajo? Smith lo explica en términos de tres factores básicos:

(Primero) de la mayor destreza de cada obrero en particular; (segundo), del ahorro de tiempo que comúnmente se pierde al pasar de una ocupación a otra, y por último, de la invención de un gran número de máquinas, que facilitan y abrevian el trabajo, capacitando a un hombre para hacer la labor de muchos.⁴

Pero el grado en que se puede realizar la división del trabajo en un lugar y momento determinados depende del tamaño del mercado:

Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su trabajo, en exceso del consumo propio, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros.⁵

Como resultado de esto, aún si un mayor grado de división del trabajo es **técnicamente** factible, su **factibilidad económica** estará limitada por la extensión del mercado. Dicho de otra forma, la expansión del mercado para un producto resultará en un mayor grado de división del trabajo, incrementando la productividad. Esta proposición es de la mayor importancia para entender los aspectos dinámicos del crecimiento económico. Por estas mismas razones, las restricciones al comercio internacional tendrán efectos adversos sobre la productividad, ya que dichas restricciones necesariamente limitan el tamaño del mercado, impidiendo la división internacional del trabajo. En cambio, el comercio libre y abierto tiene el efecto opuesto:

Gracias al comercio exterior, la limitación del mercado doméstico no impide que la división del trabajo sea llevada hasta su máxima perfección. Abriendo un mercado más amplio para cualquier porción del producto del trabajo que exceda las necesidades del consumo doméstico, lo estimula para perfeccionar y fomentar las fuerzas productivas, de suerte que alcance un desarrollo considerable el producto anual y, por consiguiente, la riqueza y la renta efectiva de la sociedad.⁶

Otro factor que limita la división del trabajo es la disponibilidad de capital, ya que para lograr un mayor grado de división del trabajo es necesario proporcionarle a la fuerza laboral más herramientas y maquinarias para llevar a cabo la producción:

Así como la acumulación de capital..., debe preceder a la división del trabajo, de la misma manera, la subdivisión de éste sólo puede progresar en la medida en que el capital baya ido acumulándose previamente.⁷

Dada la importancia del capital en el "modelo" smithiano, surge naturalmente la pregunta: ¿qué es lo que determina la inversión en capital físico? Según Smith,

los capitales aumentan con la sobriedad y la parsimonia, y disminuyen con la prodigalidad y la disipación.'

En otras palabras, la inversión depende del ahorro, y es obvio que Smith no contempla la posibilidad "keynesiana" de divergencias entre el volumen de ahorro y la inversión, ya que según explica en seguida:

Todo lo que una persona ahorra de su renta lo acumula a su capital y lo emplea en mantener un mayor número de manos productivas, o facilita que otra persona lo haga, prestándosele a cambio de un interés o, lo que viene a ser lo mismo, de una participación en la ganancia. Así como el capital de un individuo sólo puede aumentar con lo que ahorre de sus rentas anuales o de sus ganancias, de igual suerte el capital de la sociedad, que coincide con el de sus individuos, no puede acrecentarse sino en la misma forma.

Si los hombres atienden bien sus propios intereses, dice Smith, podemos estar bastante seguros de que no dejarán de aprovechar todo el capital disponible:

En todos aquellos países en los que reina una razonable seguridad, no hay hombre de mediano talento que no procure emplear todo el capital que pueda conseguir, bien en proporcionarse un goce actual, o un beneficio futuro. Si lo aplica a procurarse un goce presente, es un capital que se aplica al consumo inmediato. Pero si pretende obtener una utilidad futura, ha de emplearse permaneciendo en poder de quien lo emplea o haciéndole pasar por otras manos. En el primero de estos casos, es un capital fijo; en el segundo, circulante. El hombre que en un país seguro no emplea el capital de que dispone en una de estas tres formas, bien le pertenezca directamente o lo consiga por vía de préstamo, es realmente un insensato.⁸

Sin embargo, la posibilidad de ahorrar e invertir está limitada por el ingreso: El capital de todos los miembros de un país se acrecienta de la misma manera que el de cada individuo..., acumulando de

3 Ibid., pp. 8-9. En la actualidad la comparación sería aún más dramática: actualmente se estima que la producción por empleado en la fabricación de alfileres en Inglaterra es de 800,000 alfileres diarios, y en términos de producción por hora de trabajo el incremento es aún mayor, ya que la jornada laboral es ahora más corta que en tiempos de Adam Smith -véase C. F. Pratten, "The Manufacture of Pins", *Journal of Economic Literature*, 18 (Mar 1980): 93-96.

4 Smith, *Op. cit.*, pp. 10-11

5 Ibid., p. 20

6 Ibid., p. 394

7 Smith, *Op. Cit.*, p. 251

8 Ibid., p. 305

9 Ibid.

10 Ibid., pp. 257-58.

continuo y agregándole cuanto ahorra de su ingreso. Aumentará también más pronto, si se emplea en aquel ramo que proporciona la renta más considerable a todos los habitantes del país, puesto que, de esta suerte, podrán realizar ahorros más grandes."

Por último, un entorno legal y político favorable puede contribuir significativamente a incrementar el flujo de inversiones productivas. Portante, el problema del desarrollo económico es para Smith en última instancia un problema institucional: ¿cuál es el "sistema" que mejor garantiza el pleno desenvolvimiento del potencial económico de una nación?

Sabemos, por supuesto, que Smith era decidido defensor del comercio libre en el plano internacional, ya que de esta forma se incrementaba la productividad nacional al ampliarse la extensión del mercado. En el plano doméstico, Smith también generalmente favorecía una política de mínima intervención del gobierno en el mercado:

Proscritos enteramente todos los sistemas de preferencia o de restricciones, no queda sino el sencillo y obvio sistema de la libertad natural, que se establece espontáneamente y por sus propios méritos. Todo hombre, con tal que no viole las leyes de la justicia, debe quedar en perfecta libertad para perseguir su propio interés como le plazca, dirigiendo su actividad e invirtiendo sus capitales en concurrencia con cualquier otro individuo o categoría de personas. El Soberano se verá liberado completamente de un deber, cuya prosecución forzosamente habrá de acarrearle numerosas desilusiones, y cuyo cumplimiento acertado no puede garantizar la sabiduría humana ni asegurar ningún orden de conocimiento..., a saber, la obligación de supervisar la actividad privada, dirigiéndola hacia las ocupaciones más ventajosas a la sociedad.⁹

La acción espontánea del mercado generalmente producirá una asignación óptima de los recursos, maximizando por tanto el bienestar de la sociedad entera, aun cuando ésta no sea la intención de los individuos involucrados:

Ahora bien, como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve... pero en este como en otros muchos casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones.¹⁰

Por otro lado, pretender asignar los recursos por medio de un plan deliberado requeriría mayores conocimientos que aquellos de que puede disponer cualquier individuo. Es más, la mera **presunción** de poder hacerlo lo descalifica para el efecto:

El gobernante que intentase dirigir a los particulares respecto de la forma de emplear sus respectivos capitales, tomarla a su cargo una empresa imposible, y se arrogarla una autoridad que no puede confiarse prudentemente ni a una sola persona, ni a un senado o consejo, y nunca sería más peligroso ese empeño que en manos de una persona lo suficientemente presuntuosa e insensata como para considerarse capaz de tal cometido.¹¹

De hecho, existe un elemento falso y hasta ridículo en la noción de un gobernante que pretende administrar la economía de su pueblo:

Es una vana presunción que sus príncipes y ministros pretendan velar sobre la economía de aquellos pueblos..., cuando los más poderosos son los más pródigos de la sociedad. Velando aquellos sobre sus propios gastos, puede esperarse que sin otra diligencia contengan los suyos los particulares. ¡Si su propia extravagancia no arruina al estado, nunca lo logrará la de los súbditos!¹²

Por último, el hecho es que las más de las veces el progreso de la sociedad no se ha logrado como consecuencia de las intervenciones de los gobernantes, sino en todo caso **a pesar** de ellas:

Las grandes naciones nunca se empobrecen por la prodigalidad o la conducta errónea de algunos de sus individuos, pero sí caen en esa situación debido a la prodigalidad y disipación de los gobiernos... A pesar de esto, la sobriedad y la buena conducta son suficientes, en la mayor parte de los casos, según parece confirmarlo la experiencia, para compensar no sólo los dispendios excesivos de algunas personas, y su equivocada conducta, sino incluso los de la disipación del gobierno. Aquel esfuerzo del hombre, constante, uniforme e ininterrumpido por mejorar de condición, que es el principio a que debe originariamente su opulencia el conjunto de una nación..., es capaz, por regla general, de sostener la propensión natural de las cosas hacia su adelanto, a pesar de los gastos excesivos del Gobierno y de los errores de la administración; al igual que el desconocido principio vital restituye casi siempre la salud y el vigor, no sólo a pesar de las enfermedades, sino de las absurdas prescripciones de los doctores.¹³

La crítica del mercantilismo

La teoría de Smith fue revolucionaria en su época porque contradecía directamente las doctrinas "mercantilistas" que predominaban entonces. En la **Riqueza de las Naciones**, las críticas al sistema mercantilista están concentradas principalmente en el Libro IV. Nos será útil examinar con cierto detalle estas críticas, primero porque nos ayudará a entender mejor el pensamiento económico de Smith, y segundo porque muchas de estas críticas aún son aplicables en el mundo actual,

11 Ibid. P. 330

12 Ibid., p. 612

13 Ibid., p. 402. Las intenciones de los agentes económicos son en todo caso irrelevantes. El párrafo que acabamos de citar concluye así: "mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios. No son muchas las cosas buenas que vemos ejecutadas por aquellos que presumen de servir sólo el interés público".

14 Ibid

15 Ibid., p. 313.

16 Ibid., p. 309-10.

dado que aún sobreviven remanentes de las políticas mercantilistas (y que muchas veces se siguen justificando con los mismos obsoletos argumentos).

El "Mercantilismo" era una doctrina que favorecía la extensa regulación de la actividad económica con vistas a la promoción de ciertos intereses "nacionales". Uno de los supuestos básicos de los mercantilistas era que toda política económica debía evaluarse en función de su efecto sobre la provisión nacional de metales preciosos. (Debe recordarse que en esa época la masa monetaria aún consistía principalmente de dinero metálico). En ausencia de minas de oro y plata domésticas, el objetivo primario de la política comercial debía ser el de lograr el mayor exceso de exportaciones sobre importaciones posible (esto es, una balanza comercial "favorable"), siendo éste el único medio de incrementar la provisión de metales preciosos. Para lograr una balanza comercial favorable deben fomentarse las exportaciones y/o restringirse las importaciones por medio de intervenciones del gobierno diseñadas y administradas para el efecto. (Con este objetivo, que se justificaba con base en los supuestos anteriores, se levantaron en los diferentes países de Europa imponentes y complicadas estructuras de regulaciones, barreras, y hasta prohibiciones directas que entorpecieron el comercio durante siglos y que son el objeto de las críticas de Smith en el Libro IV).

Las críticas de Smith a las doctrinas y políticas mercantilistas proceden sobre varios frentes. En primer lugar, la teoría y práctica del mercantilismo eran incompatibles con su propio modelo de crecimiento, que, como hemos visto en la sección anterior, se basaba en el funcionamiento del mercado libre. Más concretamente, en el modelo smithiano las restricciones al comercio libre limitan la extensión del mercado, y por tanto el grado de división del trabajo, que es la fuente última del crecimiento económico.

Sin embargo, Smith no se limitó a criticar a los mercantilistas en términos de su propio marco conceptual, sino que también ataca duramente las bases mismas de la doctrina, empezando por la errónea identificación de "dinero" y "riqueza":

Sería cosa ridícula en extremo empeñarse en probar seriamente que la riqueza no consiste en dinero, o en la plata y el oro, sino en lo que se compra con el dinero, y que éste sólo vale en cuanto compra.¹⁴

No obstante,

Aún a riesgo de parecer engorrosos, consideramos conveniente examinar más a fondo la idea vulgar de que la riqueza consiste en dinero, o en oro o plata... Dinero, en el lenguaje vulgar, significa las más de las veces riqueza. Lo ambiguo de la expresión ha dado motivo a que esa idea popular se generalice aún entre los mismos que están plenamente convencidos de lo absurdo de semejante aserto, pues se olvidan a cada paso de sus mismos principios, y en el curso de sus razonamientos dan por concedida tal aseveración como una verdad indudable... comienzan por observar que la riqueza de un país no consiste en el oro ni en la plata, sino en sus tierras, en sus casas, en sus bienes de toda especie; pero en el curso de sus obras los bienes, las casas y las tierras parecen borrarse enteramente de su memoria, y el meollo de sus argumentaciones consiste frecuentemente en suponer que toda riqueza consiste en la plata y en el oro, así como que el multiplicar estos metales debe constituir el gran objetivo de la industria y del comercio de la nación."

El hecho es, sin embargo, que "dinero" y "riqueza" son dos cosas diferentes. La masa monetaria existente ni siquiera es uno de los determinantes de la **Riqueza de las Naciones**:

Tres cosas se requieren para dinamizar la actividad económica: materiales que manufacturar, instrumentos que faciliten el trabajo, y salemos para los obreros, o sea, la recompensa que los estimula en la tarea. El dinero ni es materia prima, ni instrumento para trabajarla. Aunque los salarios de los trabajadores se paguen en dinero, su ingreso real..., no consiste en dinero, sino en el valor de éste; no en las monedas, sino en lo que puede adquirirse con ellas."

Un incremento en la cantidad de dinero no constituye en sí mismo un incremento en la riqueza real del país. El caso del descubrimiento de América es ilustrativo a este respecto. Este evento fue de la mayor importancia para Europa, según Smith, pero no debido al influjo de metales preciosos que ocasionó, sino más bien por la tremenda ampliación de los mercados a que dio lugar:

Al abrir un mercado tan amplio y nuevo a todas las mercancías de Europa, promovió en las artes una ulterior división del trabajo e hizo posibles adelantos que de otra manera nunca hubieran podido tener lugar, por falta de mercado donde colocar una cantidad tan grande de sus productos en el ámbito limitado del comercio antiguo. **LAS** facultades productivas del trabajo se perfeccionaron y fortalecieron, se incrementó el producto de ellas en todos los países de Europa y creció con él el ingreso y la riqueza real de todos sus habitantes. Casi todas las mercaderías de Europa constituían una novedad para América, y las de América para Europa. Con ello se vino a establecer un nuevo género de cambios en que antes no se había pensado, y que naturalmente había de resultar igualmente ventajoso para el Continente recientemente descubierto como para el Antiguo.¹⁵

En el transcurso de un siglo o dos posiblemente se descubran nuevas minas, más fecundas que las hasta ahora conocidas, pero también es igualmente posible que las que se descubran sean más estériles que las conocidas antes del descubrimiento de América. Sea cualquiera el resultado, tiene muy poca importancia en relación con la riqueza real y la prosperidad del mundo con el valor real del producto anual de la tierra y del trabajo humano. Es indudable que el valor nominal de este producto, la suma de oro y plata en que se expresa o representa, será muy diferente en ambos casos; pero el valor real del producto, la cantidad real de trabajo que pueda comprar o de que pueda disponer, será siempre la misma.¹⁶

17 Smith, Op.cit., pp. 385-86.

18 Ibid., pp. 396-97

19 Ibid., pp. 297-68

20 Ibid., p. 395.

21 Ibid., p. 228.

mercantilistas no sólo están basadas en errores conceptuales, sino que violan flagrantemente el más elemental sentido común:

Lo que es prudencia en el gobierno de una familia particular, raras veces deja de serlo en la conducta de un gran reino. Cuando un país extranjero nos puede ofrecer una mercancía en condiciones más baratas que nosotros pudiéramos hacerla, será mejor comprarla que producirla, dando por ella parte del producto de nuestra propia actividad económica, y dejando a ésta emplearse en aquellos ramos en que saque ventaja al extranjero.¹⁷

Son a veces tan grandes las ventajas que un país tiene sobre otro en ciertas producciones, que todo el mundo reconoce cuán vano resulta luchar contra ellas. En Escocia podrían plantarse muchas viñas y obtenerse muy buenos vinos por medio de invernaderos, mantillo y vidrieras, pero saldrían treinta veces más caros que los de la misma calidad procedentes de otro país. ¿Sería razonable prohibir la introducción de vinos extranjeros sólo con el fin de fomentar la producción de clarete o borgoña en suelo escocés? Si resulta un manifiesto absurdo emplear treinta veces más capital y más trabajo en un país que lo que hubiera sido necesario para comprar en el extranjero los artículos que se necesitan, es también una equivocación, aunque no tan grande, desviar hacia cualquier empleo una trigésima, o una trescientésima (parte más) del capital o del esfuerzo humano. Que sean naturales o adquiridas las ventajas que un país tenga sobre otro, no tiene importancia al respecto. Pero, desde el momento que una nación posee tales ventajas y otra carece de ellas, siempre será más ventajoso para ésta comprar en aquella que producir por su cuenta.¹⁸

Por último, los mercantilistas confunden fines y medios, tomando la "actividad económica" como un fin en sí mismo, olvidando que en última instancia el propósito final de toda actividad económica es la satisfacción de las necesidades humanas:

El consumo es la finalidad exclusiva de la producción, y únicamente se deberá fomentar el interés de los productores cuando ello coadyuve a promover el del consumidor. El principio es tan evidente por sí mismo que no merece siquiera la pena de tomarse el trabajo de demostrarlo. Pero, con arreglo a las máximas del sistema mercantil, el interés del consumidor se sacrifica constantemente al del productor, y pretende considerar la producción, y no el consumo, como si fuera el objeto y finalidad de toda la industria y de todo el comercio.¹⁹

Evidencia

Esperar que en la Gran Bretaña se establezca enseguida la libertad de comercio es tanto como prometerse una Oceana o una Utopía. Se oponen a ello, de una manera irresistible, no sólo los prejuicios del público, sino los intereses privados de muchos individuos.²⁰

Difícil sería predecir si el futuro eventualmente justificará de este pesimismo o no. No caben dudas, sin embargo, de que en la medida en que se han aplicado en la práctica los principios smithianos, en esa medida se ha fomentado también el desarrollo económico de los pueblos. La evidencia histórica es abrumadora a este respecto. El espectacular desarrollo de la Revolución Industrial en Inglaterra durante el siglo XIX, por ejemplo, se debió en buena medida a la aplicación de dichos principios.²¹

En este siglo XX la demostración más elocuente de la validez del análisis smithiano lo constituyen las dramáticas diferencias que se observan en el desempeño de los países subdesarrollados. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, algunos de estos países adoptaron políticas de desarrollo que se pueden describir como "orientadas hacia adentro", esto es, protegiendo sus industrias domésticas por medio de barreras arancelarias y otras restricciones a la importación, medidas que introducen un sesgo en contra de la exportación y en favor de la "sustitución de importaciones". El otro grupo de países, menos numeroso y ejemplificado principalmente por Corea del Sur y Taiwán, adoptó políticas orientadas "hacia afuera", integrándose al mercado mundial y abriendo sus economías domésticas a las fuerzas de la competencia internacional.

Es bien sabido, por supuesto, que los resultados obtenidos se inclinan enormemente en favor del segundo grupo de países, pero no es este el lugar para realizar una crónica detallada de sus logros económicos.²² Baste con señalar que estos países no sólo evitaron los problemas del "desarrollo hacia adentro", sino que participaron más plenamente de los beneficios que proporciona el comercio internacional: mejor asignación de recursos, y un uso más intensivo de la mano de obra doméstica. Puesto que los mercados domésticos de los países subdesarrollados son muy pequeños, la participación en el comercio internacional les permite trascender las limitaciones de sus mercados internos para aprovechar economías de escala y utilizar plenamente su

22 Ibid., p. 403

23 Ibid., p. 404.

24 Ibid., p. 588-89. Esta observación, aunque "autoevidente", es frecuentemente olvidada incluso hoy en día. Por ejemplo, en la actualidad acostumbramos medir la riqueza de una nación por medio de su "Producto Nacional Bruto", pero no siempre tomamos en cuenta que éste no consiste únicamente de bienes de consumo, por lo que una alta tasa de crecimiento del PNB total no implica necesariamente una mejoría en la provisión de bienes de consumo. La economía soviética, por ejemplo, ha tenido altas tasas de "crecimiento económico en décadas pasadas, pero en la práctica la mayor parte del incremento en la producción ha consistido de bienes de capital, que son reinvertidos en el proceso productivo, y es muy poca la mejoría en el nivel de vida de los consumidores. Lo que es peor, el alto nivel de inversión no ha resultado en mayores incrementos en la productividad, y es por esto que para sostener una misma tasa de crecimiento la economía soviética requiere niveles de inversión mucho mayores que los que se requerirían en economías más productivas. Lo que no está claro, sin embargo, es si debiera interpretarse como "crecimiento económico" un incremento en la producción de bienes que son dedicados únicamente a mantener el mismo aparato productivo (perdiendo de vista que en última instancia la razón de ser del aparato productivo debe ser la producción de bienes de consumo). Sobre las características del crecimiento económico soviético véase Gur Ofer, "Soviet Economic Growth: 1928-1985", *Journal of Economic Literature*, 25 (Dic. 1987): 1767-1833.

25 Smith, *Op. cit.*, p. 415

26 El clásico análisis de los efectos de la Revolución Industrial sobre el nivel de vida de los trabajadores en Inglaterra es el de T. S. Ashton "The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830", en F. A. Hayek, ed., *Capitalism and the Historians* (Chicago: University of Chicago Press, 1954), pp. 127-59.

27 Una excelente obra reciente sobre este tema es la de William E. James, Seiji Naya, y G. M. Meier, *Asian Development* (San Francisco: International Center for Economic Growth, 1987).

capacidad instalada. Por último, al generar mayores ingresos, la participación en el comercio internacional también tenderá a incrementar el ahorro doméstico, proporcionando los recursos necesarios para financiar futuras inversiones.

Las lecciones son bastante claras: el espectacular crecimiento de Korea, Taiwán, y otros países asiáticos es prueba palpable de la viabilidad del modelo smithiano, mientras que las crisis inflacionarias y el endeudamiento que hoy observamos en la mayoría de los países latinoamericanos son evidencia del agotamiento de un modelo de desarrollo esencialmente "mercantilista". Por cierto, que para Adam Smith esto no tendría nada de sorprendente. ¿Habremos **nosotros** aprendido nuestras lecciones? Eso está aún por verse.